

pobre y por pequeña. Si lo que se desea es dar a nuestros conciudadanos una educación práctica diferente a la que se recibe en países de nuestra raza, que se les envíe a Inglaterra, nación que no constituye una amenaza para nuestra autonomía y en donde se forjan los hombres de negocios y los caballeros.

XIII. Es tiempo ya de que se ponga término a las escandalosas concesiones de tierras, parcialmente acordadas en favor de personas en lo general ávidas de hacer fortuna a toda costa; o que se exprese, de manera terminante, que dichas concesiones no podrán nunca ser traspasadas a compañías extranjeras. Tal como reza la ley mexicana.

XIV. Los hondureños que, sin ningún propósito de explotarlas personalmente, solicitaron y obtuvieron grandes extensiones de terrenos para venderlas al futuro conquistador, han cometido un delito de lesa patria.

XV. Conozco algunos hombres pueriles en los cinco fragmentos centroamericanos, hombres pueriles ya contaminados con el veneno de la traición, para quienes todo nuestro porvenir colectivo está concentrado en los progresos materiales, en la transformación mecánica de estos países por medio del oro del Norte; sin darles importancia alguna a los grandes valores humanos, la soberanía, la libertad, el derecho, que estarán siempre, pese a los malvados, por encima de toda finalidad grosera y egoísta. Desearían cambiar lo que nos es más caro, la autonomía de la República, por esos ilusorios adelantos prácticos de los que ni siquiera se beneficiarían. Pues las fábricas, y caminos férreos y compañías de vapores y construcción de ciudades y todo lo que constituye, en su base primordial, el progreso moderno, sería del conquistador. Y ¿qué ganaríamos, aún materialmente, aún olvidando el negro origen de la transformación, qué ganaríamos, por ejemplo, con ver nuestras pérdidas tierras repletas de hombres rubios, con ver sustituidas las viejas casas humildes de Tegucigalpa por imponentes palacios de hierro, por fastuosas residencias de mármol, si no son nuestros, si son del orgulloso magnate extranjero que a puntapiés hará arrojar de su puerta al mendigo hondureño que solicite un mendrugo?

XVI. ¡Qué haya paz!—gritan esos espíritus superficiales, aunque sea la paz de la muerte, la paz de la vergüenza pública, la paz del esclavo que no levanta la voz ante su verdugo, la paz humilante más oprobiosa mil veces que la más sangrienta de nuestras revoluciones. Que haya oro y paz desean esos miserables, aunque la autonomía patria se hunda para siempre

en el más inmundo de los estercoleros; aunque los centroamericanos dignos vaguen como parias por los duros exilios, sin amor y sin hogar, escupidos y vejados por los sayones de la conquista.

XVII. Si el Congreso resolviera someter a un plebiscito los tratados que se discuten, y que constituyen el asunto más grave y trascendental de que han tenido conocimiento las cámaras hondureñas en el lapso de un siglo, tengo absoluta certeza de que serían rechazados con 999 votos por millar en la votación libre de toda la República.

Ese 1 por millar es el que pone un amargo dolor en mi corazón... ¿Cómo es posible que haya hondureños que deseen la muerte de Honduras como nación soberana? ¿Cómo es posible que anhelan para la madre, empobrecida y angustiada, el látigo del extranjero? Es doloroso, es horrible pensar en esto, compatriotas; pero es cierto, con certidumbre que espanta, que ya germina en nuestro país la maldita semilla de la traición que tan tremendos frutos de oprobio ha dado en Nicaragua. Yo no pediría, en la serenidad de mi experiencia, como el griego legendario, que se ahorcara en la plaza pública a los convictos, plenamente, de traición a la patria. ¡No! Son nuestros hermanos, caídos en el más vergonzoso de los errores; pero aun pueden alzarse iluminados por la Verdad. Que abran los ojos, que abran el corazón endurecido antes de que el terrible mal sea irremediable; antes de que mancille nuestra tierra la ferrada bota del invasor, antes de que veamos nuestro amado pabellón azul y blanco abatido humildemente ante el orgulloso flamear de una bandera conquistadora.

XVIII. No permitamos semejantes ignominias. Levantémonos, en poderoso y unánime ímpetu, hoy, que aun es tiempo, en defensa de Honduras.

Sigamos, si así lo quiere el adverso destino, en nuestras abominables luchas fratricidas, antes que acogernos, mansamente, vilmente, a una paz afrentosa, al amparo de un pabellón extraño. Prefiramos, un millón de veces, nuestro atraso, nuestra abulia, todo lo obscuro de nuestro porvenir, a perder, por un fermentado progreso, el don supremo, el mayor y más inestimable de los dones, el divino don de la Libertad, gozado ampliamente en plena patria luminosa y bella.

Prefiramos un millón de veces — permitid esta hipérbole a mi patriotismo —

Doctor EDUARDO MONTEALEGRE

Cirujano Dentista Americano

Despacho: 2ª Avenida O. y calle 4ª S.

prefiramos los más brutales déspotas en el Poder Público de Honduras; los Gobernantes más ladrones, y más estúpidos, y más sanguinarios, los peores entre los peores de los hombres, siendo hondureños, es decir, hermanos nuestros, al sedoso e hipócrita Gobernador norteamericano, de mano blanca y fina y enguantada, altanero y sonriente y despectivo en lo alto del palacio de hierro, imperando sobre manadas de esclavos, sin honor y sin bandera... y ya sin esperanza, ni la más remota, de rehabilitación en el mañana...

*¡Antes que esto sucediera sería mejor que un súbito terremoto borrara del mapa, en un pavoroso segundo, la tierra de Centro América!*

Compatriotas que ocupáis asiento en el Congreso de la República, en esta hora suprema en el cuadrante de nuestro Destino; una grave responsabilidad pesa sobre vosotros: medita bien lo que hacéis. O autonomistas o traidores: así quedaréis señalados para siempre. Escoged. Os lo demando por lo que hay de más sagrado en el corazón de los hombres: no dejéis sin patria a las generaciones del mañana. No expongáis, por falsos mirajes, a nuestra querida Honduras, a ser pasto de la rapacidad extranjera. Evitando así que caigan sobre vuestros nombres — como caen y caerán sobre los traidores nicaragüenses — las tremendas maldiciones de la Historia.

XIX. Centroamericanos:

Enderecemos hacia las máximas alturas nuestras más vibrantes energías de hombres libres; execrando a los pesimistas antipatriotas, que carecen de vergüenza cívica; y uniéndonos con los fuertes, con los constructores de voluntad, con los varones íntegros por el valor y por el carácter. No pongamos jamás el más pequeño grano de arena en la obra oprobiosa que intenta levantar en nuestra tierra el invasor. No cometamos la infamia de tender el cuello para que nos remache la cadena del esclavo.

Si la artera Conquista avanza ciegamente sobre nosotros con su prepotencia arrolladora, que nos halle de pie, altivos sobre el pedestal de nuestro derecho; y que pase como un huracán de fuego, sembrando para siempre la muerte sobre nuestros campos y ciudades, sin que nuestras manos se tiendan implorantes y sin que marque nuestra conciencia el sello de la ignominia por haber cedido, en ninguna forma, a las dádivas malditas del invasor y haber pactado sobre la eterna ruina moral de nuestra Patria.

¡Abajo los Tratados, compatriotas!

¡Viva Centro América libre!

FROYLÁN TURCIOS

(Hispano-América, Tegucigalpa).